

Larreátegui

“Respuesta apologética de don José Dionisio Larreátegui, cursante de Medicina y Botánica en esta capital, a los suplementos de la *Gaceta de Literatura* de 5 de noviembre de 1794 y 30 de enero de 1795 en que el aficionado J. L. M. pretende reformar la denominación y descripción de la castilla elástica”

p. 209-236

Roberto Moreno

*Linneo en México. Las controversias sobre el sistema binario sexual 1788-1798*

México

Universidad Nacional Autónoma de México  
Instituto de Investigaciones Históricas

1989

288 + [XIV] p.

[Figuras]

(Historia de la Ciencia y la Tecnología 3)

ISBN 968-36-1599-6

Formato: PDF

Publicado en línea: 27 de mayo de 2020

Disponible en:

[http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/251/linneo\\_mexico.html](http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/251/linneo_mexico.html)



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS

D. R. © 2020, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



LARREÁTEGUI

RESPUESTA APOLOGÉTICA DE DON JOSÉ DIONISIO LARREÁTEGUI, CURSANTE DE MEDICINA Y BOTÁNICA EN ESTA CAPITAL, A LOS SUPLEMENTOS DE LA GACETA DE LITERATURA DE 5 DE NOVIEMBRE DE 1794 Y 30 DE ENERO DE 1795 EN QUE EL AFICIONADO J. L. M., PRETENDE REFORMAR LA DENOMINACIÓN Y DESCRIPCIÓN DE LA CASTILLA ELÁSTICA

*An si quis atro dente me petiverit  
inultus ut fleba puer?*

Hor. Epod. Lib. ad Cas. Sever. Poetam maledicum.

Sin embargo de que puede parecer tardía la respuesta a la *Gaceta de Literatura* de 5 de noviembre de 1794 en que un Aficionado a la botánica J. L. M., pretende reformar la denominación y descripción de la *Castilla elástica*, nombre impuesto por la Expedición Botánica de este reino al árbol conocido vulgarmente por hule para eternizar la memoria del difunto profesor don Juan Diego del Castillo, creo me sirva de disculpa el haber estado esperando a que el imponderable número de ocupaciones permitiese al señor director de la misma expedición don Martín de Sessé algún desahogo, para extender por sí mismo la contestación que se había ofrecido al público en la *Gaceta* política número 85. Más no habiéndose esto verificado por las continuas tareas de este infatigable jefe, que en el espacio de muy pocos meses ha arreglado cerca de 3 000 especies de vegetales, más de 700 animales, y emprendido la metódica distribución de los fósiles con el auxilio del sabio mineralogista don Andrés del Río, y por la precisión de continuar sus útiles excursiones por las islas de Barlovento me tomo la libertad de hacer por mí una apología, que por de contado carecerá del mérito que le hubiera conciliado la vasta literatura, profundos conocimientos y elegante estilo del director.

Pero por otra parte es tan fácil demostrar las innumerables equivocaciones del Aficionado J. L. M., que no imagino sea una empresa superior

a mis fuerzas el tomar este asunto por mi cuenta, dedicando mis tales cuales luces a la defensa de la verdad, de la opinión ultrajada del director y del catedrático del Real Jardín don Vicente Cervantes, a quien debo todos los conocimientos que me sacan de la clase de forastero en la ciencia de las plantas, y al desengaño por último de aquellos, a quienes como no instruidos en los elementos de esta facultad haya hecho creer el Aficionado que el silencio de estos señores es indicio de hallarse convencidos. Estamos en el caso de que hace mención Horacio por estos versos, que para que los entienda el enfermo los presento traducidos.

*Ridentur mala qui componunt carmina: verum  
Gaudent scribentes et se venerantur, et ultro  
Si taccas, laudant quid quid scripsere Beati.*<sup>1</sup>

Nos reímos comúnmente  
De aquellos que componen malos versos;  
Mas son ellos tal gente,  
Y son también sus juicios tan perversos,  
Que no les dan cuidado sus errores,  
Como tengan el nombre de escritores  
Sus ingenios veneran  
Y si tú, Floro mío, callas la boca,  
Con elogio exageran,  
Las producciones de su musa loca;  
Siendo tan sólo en esto afortunados,  
Que están de su tontera enamorados.

El público tendrá la bondad de recibir este escrito como ensayo de un discípulo que no hace otra cosa que repetir las lecciones que ha oído de su maestro, que han comprobado los demás individuos de la expedición a quienes ha tenido el honor de tratar, y que por consejo de unos y otros ha estudiado en los autores más clásicos.

Digo pues en primer lugar, mientras el incógnito dubitante se decide, que el hule es un género nuevo, conocido por tal, no sólo por la Expedición, sino también por el laborioso profesor don Luis Neé, por el ilustre naturalista don Antonio Pineda, y últimamente por el sabio y erudito doctor don Casimiro Gómez de Ortega, primer catedrático del Real Jardín Botánico de Madrid, a cuyo dictamen, previa la aprobación de los demás señores acadé-

<sup>1</sup>Hor. Lib. 2. Esp. 2. *ad Flor.*

micos, asintieron los célebres botánicos don Miguel Bernades, don José Antonio Cavanilles, don Hipólito Ruiz y don José Pavón.<sup>2</sup>

Siendo pues género nuevo, toca privativamente a la Expedición descubridora, que cuenta entre sus hallazgos más de cien géneros desconocidos, imponer el nombre y no a un Aficionado:<sup>3</sup> *Nomina vera plantis imponere Botanícis genuinis tantum in potestate est*,<sup>4</sup> por la razón que allí mismo da Linneo *Idiotae imposuere nomina absurda*: “sólo los genuinos botánicos tienen potestad para imponer nombres verdaderos a las plantas. Los idiotas pusieron nombres absurdos.”

El nombre *Castilla* está acuñado con tanta inteligencia, que es sumamente probable que el mismo Linneo no lo hubiera puesto de otro modo. Este sabio legislador de la botánica dice que deben conservarse religiosamente los nombres genéricos formados para perpetuar la memoria de un profesor benemérito. Y en la *Critica* añade que primero extirparía todos los nombres que no contienen una nota esencial, que uno solo de un botánico.<sup>5</sup>

Para formarlos da en la misma obra once preceptos, los cuales será bien consulten los que entiendan el idioma latino para que conozcan cuán ajena de un inteligente es la denominación *Castella*. El primero es “debe tomarse la nomenclatura de aquel nombre con que fue más conocido el botánico; quiero decir el apellido.” El segundo: “póngase cuidado que no salgan unos nombres que se equivoquen con otras cosas.”<sup>6</sup> *Alpina Castorea y Raya*, que había puesto Plumier en obsequio de Próspero Alpino, de Castor Durantes y de Juan Ray son malos según Linneo porque pueden equivocarse con los derivados de los *Alpes*, del cuadrúpedo *castor* y del nadador *Raya*; y así substituyó estos otros: *Alpinia, Duranta, Rayania*.<sup>7</sup> *Castella*, como ya dijo el señor catedrático, puede equivocarse con el nombre del reino de Castilla, con la fortaleza llamada castillo y con el apellido de un botánico Castell,

<sup>2</sup> El director para hacer la dedicación consultó al catedrático y a don José Longinos Martínez, quien tuvo la planta tres días en su poder, y por último a don José Mociño, y convinieron unánimes en que es género nuevo cuando se resolvió su publicación, habiendo sido de este dictamen el mismo Castillo, cuando se vio por la primera vez la planta.

<sup>3</sup> Hay motivos para creer que ni este título, bien entendido, merece J. L. M.

<sup>4</sup> Afor. 211 de la *Filos. Bot.* y su comentario.

<sup>5</sup> Edic. de León 1737, p. 79. Edic. de Col. de 1786, p. 427.

<sup>6</sup> *Crit. Bot.* edic. de León, p. 86 y 87. De Col., 431 y 433.

<sup>7</sup> *Male*:

*Alpina*

*Castorea*

*Raya*

(*Ab Alpibus*)

(*a Castore*)

(*a Pisce*)

*Bene*:

*Alpinia*

*Duranta*

*Rayania* . . . *Ibid.*

que floreció en 1652, y a quien justamente le convendría. Más la denominación *Castilla* tomada del apellido del difunto profesor no puede confundirse con cosa alguna; tendrá una pronunciación latina como *ille, illa, iluil*, y una castellana pronunciando la *ll* española como pide su origen. Con razón infirió mi catedrático que el Aficionado J. L. M., hubiera llamado *Castellula* a la castilleja, *Salvatrix* a la salvadora. Y con la misma se debe esperar que llame *Equitisa* a la caballería, *Clavicula* a la clavija, *Horta* a la Huerte, *Sinistra* a la Izquierda, *Molendina* a la Molina, *Fusea* a la Morenia, *Foro* a la Plaza, *Palmita* a la Sarmienta; y si en adelante se emprende, como es regular, dedicar alguna a don José María Maldonado, pretenderá obligar a la Expedición a que la llame *Maledonata*, creyendo que no se aparta del canon de Linneo. Pero el naturalista sueco retuvo y formó muchos nombres en los mismos términos en que lo han hecho los botánicos de la Expedición como puede verse en sus inmortales obras.

Entre más de 158 nombres genéricos impuestos en obsequio de varios profesores, apenas se encontrarán 12 ó 15 que tengan casualmente afinidad con algunas voces latinas. Uno de ellos es *Justicia*, el cual estuvo tan distante Linneo de ajustar rigurosamente al latín, que en todas partes le conserva la *c* con que el botánico a quien se dedicó acostumbraba firmarse, y J. L. M. no será tan latino como Linneo.<sup>8</sup>

El aforismo *Nomina generica* etcétera: "Los nombres genéricos cuya raíz no se deriva de la lengua griega o de la latina deben desecharse",<sup>9</sup> no habla de los que se han formado para perpetuar la memoria de un insigne protector o de un profesor benemérito; condena Linneo en este sabio precepto los que se han tomado de las lenguas vulgares, como lo acredita la explicación que él mismo da a este fundamento de su *Filosofía botánica*, y mucho más lo que sobre él dice en su *Crítica*,<sup>10</sup> que si estuviera traducida podría

<sup>8</sup>El doctor don Casimiro Gómez de Ortega, queriendo se conserve más entero el apellido Castillo, ha insinuado ser quizá mejor el nombre *Castilloa*, diciendo en una carta: "No acierto a resolverme si preferiría la terminación *Castilloa* a la *Castilla*". Y en otra: "toda la Academia accedió a mi dictamen de que en la nueva impresión de la *Castilla* se variase este nombre en *Castilloa*... En hacer vuestra merced lo que le parezca me dará la mayor satisfacción". ¡Cuán digna de un sabio, que es con verdad celoso del honor de la nación, es esta modestia! Aunque estas cartas no se han dado, ni se darán a luz, el catedrático no tendrá inconveniente en manifestarlas.

<sup>9</sup>Edic. de Colon., p. 263. Como el Aficionado no lee obras latinas, daremos traducidos solamente los textos, indicando los lugares para que los curiosos puedan evacuar las citas.

<sup>10</sup>Edic. de Colon.; p. 404 y de León, p. 48.



consultar el Aficionado para tener más inclinación al estudio de los vegetales y para instruirse en la buena lógica que dirige en esta profesión a los estudiosos.

En obsequio suyo y de los incautos a quienes haya podido alucinar con sus notas presento aquí traducidas al pie de la letra las verdaderas expresiones de Linneo: “use, dite, cada nación de su idioma, con tal que los botánicos, así como convienen en una misma ciencia, estén de acuerdo en una propia lengua, para que reunidas las fuerzas de todos, puedan acabar de construir la torre comenzada, y no suceda como en la de Babilonia, que por hablar cada uno distinto idioma, y querer sujetar a esta ley a los que no lo entendían, vaya a quedar imperfecto. Mucho tiempo ha que los hombres doctos de toda Europa han convenido en escoger por común de los eruditos la lengua latina; y ha mucho también que se opuso el orgullo de cada nación, queriendo hacer común la suya propia. Cuando uno de los modernos ha escrito sus hallazgos en su respectivo idioma, de modo que el principiante se envejece en las letras antes de proporcionarse a la lectura de las ciencias. Yo no me opongo a que cada nación retenga los nombres propios de sus plantas; mi deseo es que todos los botánicos doctos guarden uniformidad en las denominaciones latinas, porque con no haber hecho esto, estoy previniendo que nos toca la puerta la barbarie. Deben pues conservarse intactos los nombres latinos impuestos a las plantas.”

“Los nombres genéricos griegos deben tolerarse necesariamente porque la botánica tuvo su primer origen de los griegos, o por lo menos entre ellos empezó a levantar la cabeza, en un tiempo en que se introdujeron tantos nombres, que no es posible variar sin una total reforma de la ciencia. A esto se agrega que las voces griegas agotan en su brevedad el sentido de otras muchas lenguas, y en ellas se combinan con más facilidad los vocablos; de manera que ninguna hay más apta para componer nombres genéricos.”

“Destiérrense aquí todas las otras lenguas europeas y cuantas hubiesen fuera de Europa a las que les llamamos bárbaras, para que sepamos la lengua que hemos de hablar.”

Y después de otras cosas, que no son aquí tan del caso, sigue poniendo varios ejemplos de nombres que halló entre los botánicos y que en virtud de este fundamento hubo de mudar. Estos son alemanes, holandeses, franceses, españoles, italianos, ingleses, suecos, rusos, y bárbaros. Por ejemplo en lugar del alemán *Gale* substituyó el latino *Myrica*; en el del holandés *Cracca*, *Vicia*; en vez del francés *Armeria*, el griego *Dianthus*; por el español *Bardena*, al latino *Arctium*; por el italiano *Belladonna*, *Atropa*; por el

inglés *Percepier*, *Aphanes*; por el sueco *Knavvel*, *Seleranthus*; por el ruso *Badiaga*, *Spongia*; y por el bárbaro *Cujete*, *Crescentia*.<sup>11</sup>

Los botánicos de la Expedición en lugar del nombre mexicano *holquahuítl*, que encontraron en Hernández, sustituyeron, en obsequio de su digno compañero, el de Castilla, sin alteración chica ni grande, para que no se equivoque con cosa alguna.

De donde se ve que está muy fuera de propósito el ejemplo de las monedas que quiere hacer valer el Aficionado,<sup>12</sup> y mal entendido el aforismo que repitió estar terminante: *Nomina generica* etcétera. Pues por todo lo expuesto se deduce sin violencia que no se comprenden en este precepto los nombres impuestos en honor de las personas acreedoras a esta distinción. Linneo en efecto no se fatigó jamás en andar buscando a los apellidos raíces de las lenguas sabias; aunque a todos, fuesen del idioma que fuesen, daba terminación latina, como a *Cuffortia*, *Gakenia*, *Collinsonia*, *Catesbaza*, apellidos todos cuya raíz griega o latina jamás podrá asignar el Aficionado. Este señor tiene la gracia de entender los aforismos al revés, por falta de lógica. No dice Linneo que todos y cualquiera nombres se arreglen a la raíz que casualmente puedan tener en la lengua latina (ni se citará sobre esto un solo ejemplar) sino que el nombre que explique los caracteres de la planta, esto es, el nombre científico, se procure sacar de la lengua griega o de la latina; de aquella por ser más expresiva; de ésta por más usual, como llevamos insinuado. Y ciertamente aun cuando no existiera en los diccionarios latinos la voz *Castellum*, siempre se hubiera dicho *Castilla* para expresar el apellido *Castillo*, fuese español, noruego o bárbaro. Si los gramáticos y semigramáticos<sup>13</sup> pretenden que *Castillo* cuando significa una obra de arquitectura militar deba verse en *Castellum* no viene al caso, porque no se dedica la planta al castillo de San Juan de Ulúa, verbi gracia. Si entienden en *Castellum* el apellido *Castillo*, entienden un gran disparate, que sólo podrá aprobar un Aficionado a quien tanto se le da de hacer apellidos neutros, cuanto de crear inflorescencias masculinas. Para imprimir algunas voces latinas basta abrir libros de donde copiarlas; pero para latinizar apellidos se necesitan otros elementos. Mas fuese *Castellum*, como quiere el eximio humanista, el apellido de un varón y sea si quiere, *Lupezium* por López, y *Nunnezium* por Núñez. Convento por ahora, y me ocurre esta reflexión, que aquí es oportuna: viértase *Castilla* en *Castella*; y convento

<sup>11</sup> *Ibid.*, p. 406.

<sup>12</sup> Supl., a la *Gac. de Liter.*, de 30 del último enero, p. 2, 3 y 5.

<sup>13</sup> Supl. cit. El Aficionado lo es mucho al semi: semical: semirredondas, etcétera.

también en que “las voces que no puedan latinizarse sino con mucha violencia, el ejecutarlo sería ridiculizarlas y desfigurarlas enteramente”. (Suplemento de 30 de enero). Y en el mismo tono pregunto: ¿qué aficionado habrá que viendo, no latinizado, sino latino por sí mismo el término *Salvatrrix*, no conozca que digo yo su derivación, sino su verdadero significado sin que quede desfigurado ni disonante? Porque si *Salvador* es en latín *Salvator*, ¿por qué *Salvadora* no será *Salvatrrix*, que es como lo entienden y lo leen (pues se halla escrito) todos los gramáticos y semigramáticos, los gramatiquillos y los gramaticazos? Vea bien el Aficionado la respuesta que da, porque esa misma, quiero decir, en los mismos términos, le habremos de dar en cuanto a *Castilla* y *Castella*.

Es creíble que J.L.M. no haya visto escrito con *ae* diptongo el nombre de Linneo si no es cuando se trata de su planta; en efecto se conoce que el Aficionado lee poco (puede que los otros aficionados, a quienes se refiere sobre lo mismo, lo desmientan). Pero siendo este un punto de hecho, puede ver el público el desacato con que se le engaña; a cuyo efecto véase en la *Biblioteca botánica* de Juan Francisco Seguíer, impresa en La Haya en Casa de Juan Neaulme, el artículo *Linnaeus (Carolus) Medicus Suecus* etcétera. Véase la *Crítica botánica* de León de 1737, cuya fachada empieza *Caroli Linnaei*; la *Filosofía botánica* explicada y aumentada por el doctor don Casimiro Gómez de Ortega en Madrid año de 1792. En una palabra reconózcanse cuantas obras se quiera en que esté latinizado el apellido en cuestión, y en todas se hallará escrito con *ae* diptongo.

La razón de escribirlo siempre así es patente a cualquiera que esté medianamente ejercitado en las lenguas y en su analogía. El sobrenombre de este príncipe de la Botánica es *Linné*, que termina en *é* larga, la cual no conservaría en latín toda su fuerza si no se convirtiera en un *ae* diptongo por la regla, que ningún muchacho ignora aunque el Aficionado ni la habrá oído nombrar: *Vocalem repuere alia subeunte Latini*.

Que se pueda derivar de algún *Aloy*, o del verbo *alo* el nombre *Aloysia* con que se procuró inmortalizar el de nuestra augusta soberana,<sup>14</sup> es pasaje que, por ofrecer algunas cosas que notar, tomaré de propósito. Pretende el Aficionado en su primer papel que no se diga *Castilla*, sino *Castella* porque esta voz es más latina que aquella; infiere el catedrático redarguyendo<sup>15</sup>

<sup>14</sup> Se tomó el nombre de la serenísima señora, hoy nuestra reina (que es cosa que no se puede hacer respecto de los profesores) para que esta dedicatoria no se confundiese con la que se había hecho a uno de los héroes esclarecidos de la real familia de los borbones.

<sup>15</sup> El catedrático argüía *ad hominem*, pero esto está en griego para el Aficionado.



luego por *Salvadora* diría el Aficionado *Salvatrrix*,<sup>16</sup> y por la *Castilleja*, *Castellula*.

Si *Aloysia* pues diera justo motivo a las rídículas derivaciones que apunta el Aficionado, ya se ve que contra él era en ese caso el argumento y contra su inadvertido discurso; pero el buen hombre no entendió la cantaleta, sino que se atuvo al pie de la letra, como es natural en tales estudiantes. ¿Y no es una gracia ver que llene a J. L. M. de satisfacción y de gloria aquello mismo puntualmente que lo debía cubrir de vergüenza y de ignominia? ¡Tal es, y tan obtuso su talento! Hay también que notar en el bello pasaje de que tratamos que preocupado su autor en retorcer el argumento (*Nubem pro Junone amplexatus*) tuvo la infelicidad de elegir el peor ejemplo; pues únicamente en el diccionario latino de este escritor prodigioso podrá hallarse la significación de *Aloy*, y un *Aloysia* derivado del verbo *alo* en su peregrino arte de etimologías. ¡Hay tal prurito de surcar el mar de la latinidad entre Scila y Caribdis sin carta ni brújula! No diga por Dios *formaríamos juicio*, que este *formaríamos* agravia a muchas personas; porque ¿quiénes formarían juicio tan desatinado que fuera de ser en todas sus partes erroneo, es ridículo y también imposible a los gramáticos? ¿O quién ignora que *Aloysius* y *Aloysia* sin riesgo de equivocación significan *Luis* y *Luisa*?

Poco tendrá que atormentarse el que busque la raíz del nombre *Ortegia*, con tal que no sea tan peregrino en la historia de la botánica que ignore los apellidos ilustres y las épocas de tales dedicatorias. La *Ortegia* se deriva de *Ortega*, y está dedicada, no al doctor don Casimiro, como dice el Aficionado, sino a su tío *don José Ortega*, amigo de Lefling y correspondiente de Linneo. El doctor don Casimiro tenía poco ha su *Casimíria*, y su *Gomezia* transmutada por el señor don Antonio Palau, segundo catedrático del Real Jardín Botánico de Madrid, en *Gomozia*; y no conviniéndole el primero por los cánones que llevo expresados, ni el segundo por ser dicho doctor más conocido en el orbe literario por el sobrenombre de *Ortega*, los botánicos del Perú formaron con más acierto de sus dos apellidos la denominación *Gomortega*, con que han dado a conocer otro género nuevo en el primer tomo de la magnífica y exacta *Flora peruana*, que ha corrido ya por varias manos en esta capital con el aplauso general de todos. En esta insigne obra se verán el nuevo género *Carludovica*, testimonio del reconocimiento de aquellos profesores que unieron los gloriosos nombres de nuestros reyes, insignes protectores de las ciencias útiles. El género *Nunnezharia*, que va a

<sup>16</sup> Se ha visto que *Salvatrrix* no es de los nuevos *latines* que de su *propia autoridad* quiere encajar el catedrático, sino de autoridad de todos los latinos del mundo.

perpetuar la dulce memoria del excelentísimo señor arzobispo de México doctor don Alonso Núñez de Haro y Peralta, como una débil, pero duradera retribución de su liberalidad y de su protección en favor de la botánica, y la *Palaua* consagrada a don Antonio Palau.

*Lo que si puede admirar es, que haya quien se ponga a corregir catedráticos, cometiendo un error tan craso y tan absolutamente intolerable, como teniendo al catedrático por mal denominador, decir que la *Ortegia* está dedicada al doctor don Casimiro, y la *Pallasia* a don Antonio Palau; porque a la verdad en el catedrático que no sabe los rudimentos de la denominación, admitiría alguna disculpa, pero en un corrector de catedráticos no es disimulable. El que consagró estas plantas sabía mejor que el Aficionado las verdaderas reglas de la denominación, y en virtud de ellas puso tan claros los nombres *Ortegia* y *Pallasia*, que hasta J.L.M. (que es cuanto hay que decir) infiere, aunque no sabe positivamente, que deben entenderse dedicadas a un *Ortega* y a un *Pallas*, a quien se hace difícil creer haya tratado, porque en verdad, no le veo traza de haber corrido países extranjeros, y según tengo entendido, Pallas no ha estado en los nuestros.*

Cualquiera, aunque no esté más que superficialmente instruido en los elementos de la botánica, conocerá la crasa equivocación, o más bien la mala fe y el capricho con que el Aficionado confunde el nombre trivial *elástica*, con el específico de que aún carece la *Castilla*. Elástica es nombre trivial<sup>17</sup> tomado de uno de los atributos ocultos de la planta, cuyo jugo condensado (que ni puede colocarse entre las gomas ni entre las resinas, siendo por esta razón único en su género) posee en tan eminente grado esta propiedad conocida de todos. Cuánto me alegraría que el Aficionado lo hubiera sido a la lectura del *Species plantarum*, para que me ahorrara ahora el trabajo de citarle innumerables ejemplos de especies solitarias que no carecen de nombre trivial. *Costus*, *Alpinia*, *Thalia*, *Rencalmia*, *Cinna*, *Mniarum* son media docena que se encuentran luego luego en la *Monandria* sin congéneres, y cada una con su nombre trivial; *Costus arabicus*, *Alpinia racemosa*, *Thalia geniculata*, *Rencalmia exaltata*, *Mniarum biflorum*, *Cinna arundinacea*. Y ya que no puede leer obras latinas, puede consultar el discurso preliminar al *Sistema de los vegetales*, traducido por don Antonio Palau, en donde al folio x se lee “el específico trivial es aquel que en esta obra va colocado con letra bastardilla después del nombre genérico... y así decimos *Salvia oficalinal*, *Alamo blanco*, *Alamo negro*” etcétera, etcétera y en efecto así

<sup>17</sup> Aunque no llevó en la disertación su rótulo, le pondré ahora muchos por falta de uno, para que no trastrabille más el Aficionado y se vea de camino qué difícil era que trastrabillasen los catedráticos más sistemáticos.

están en toda la obra. Aquí es lugar de advertir, que en ella puede ver el Aficionado centenares de descripciones en cuyas primeras líneas se hallan comparaciones, no sólo con otros vegetales que se nombran, sino aun con otros que sin nombrarse se citan, como descritos antes en la misma obra. Así reconocerá (aunque acaso no confesará) la suma ignorancia con que dice estar fuera de su lugar la comparación que se hace del árbol del hule con el de las *anonas*.

El nombre específico es la mismísima diferencia, la cual está obligado a formar el que encontrare la segunda especie. El *Romero*, que no la tenía en el *Species plantarum*, por no conocerse más especie que la que lleva el nombre trivial *officinalis*, ahora la tiene, y por consiguiente se llamará *Rosmarinus foliis sessilibus*, con *hojas sentadas*, para distinguirlas de la especie nueva que se ha encontrado en el reino de Chile con *hojas pezonadas, foliis petiolatis*.<sup>18</sup>

En este artículo en que se empeña el Aficionado en probar que *elástica* es nombre específico, hay tantos desatinos cuantas cláusulas; bien que hay una verdad y es que los *aficionados más zurdos* convienen en tenerla por tal: "Su primer fundamento es que la voz *elástica* explica uno de los atributos más singulares de la planta, y por tanto, por esta *circunstancia se recomienda únicamente como* propia para carácter específico." Cotéjese ahora con la doctrina de Linneo:<sup>19</sup>

"El nombre específico manifestará a primera vista la planta, pues que contiene la diferencia escrita en la planta misma."

"Mis nombres específicos extrajeron de la misma descripción las diferencias, y entre éstas eligieron el carácter esencial de que constan."

"Se han de excluir pues en el nombre específico todas las notas que no están en la misma planta, o que no se perciben por los sentidos."

"El nombre específico esencial presenta una nota o señal de diferencia singular, y sólo propia de la planta, que expresa."<sup>20</sup> Las virtudes y uso dan al botánico una diferencia vana.<sup>21</sup> Parece que los que impusieron nombres específicos tomados del uso de los vegetales no supieron lo que es nom-

<sup>18</sup> Hay tres mentiras en el artículo del Aficionado relativo al romero: la una que se llama *Rosmarinum*; la otra que es única en el género, pues en efecto hay más de una y en obra impresa puesta en español y en otros idiomas y que corre por todo el mundo; la tercera que no tuvo nombre trivial cuando estuvo sola, siendo constante que en todas las obras de botánica se leía *Rosmarinus officinalis*.

<sup>19</sup> Aforismo 258 y su Comento. *Filos. Bot.*

<sup>20</sup> Aforismo 290.

<sup>21</sup> Linneo, *Crit. Bot.* Afor. 269 f. m<sup>hi</sup> 183. (22) Afor. 293.



bre específico, el cual debe incluir la diferencia primera (esencial). Porque no estando escrito en la planta su uso ni sus virtudes no pueden presentarse a los ojos del botánico.”

¿Por ventura una misma planta no sirve muchas veces para varios usos, según la diferente voluntad del que usa de ella?

“A ninguna especie sola en su género se puede imponer nombre específico,”<sup>22</sup> y en el *Comento*: “son pues erróneos los nombres específicos que expresan diferencias en las plantas únicas en su género.” Discurramos pues así. El mismo catedrático que nos ha enseñado y comentado estos aforismos y otras muchas doctrinas pertenecientes a ellos, es el mismísimo que ha puesto el nombre *elástica*, que a fuerza del diablo quiere el Aficionado que deba ser nombre específico; por consiguiente el catedrático ignora los mismos principios que explica; con que o se ha de inferir que el catedrático sabe menos que cualquiera de sus cursantes primianistas, o que ni soñó jamás el torpísimo absurdo de imponer a la *Castilla* nombre específico. El *anónimo* no conviene en lo segundo; luego deberá convenir en lo primero. Viva mil años por tan distinguido honor que hace a mi catedrático.

Este argumento se llama en las escuelas *argumentum nimis probans*, esto es, que prueba mucho, como si dijéramos un cargador verbi gracia nunca diría: “no tienen más fuerza las autoridades que vuestra merced cita (como he dicho) que el *imaginario* que quiere darlas”<sup>23</sup> sino que el más rudo y bárbaro diría... que la *imaginaria* etcétera. Si de aquí infiriéramos que el Aficionado sabe menos que el más inculto cargador, se nos podría decir que no es bueno el argumento porque prueba demasiado; pues al fin J.L.M. que poco, que mucho, parece se versa en algunos ramos de literatura.

El segundo fundamento del Aficionado es tomado del lugar que ocupa el nombre *elástica* en la descripción del catedrático, porque dice, el nombre trivial se debe colocar antes del genérico al margen citando para esto la *Filosofía del Caballero de la Estrella*;<sup>24</sup> pero no hay tal cosa en la *Filosofía* de este caballero. ¿Para qué esa afectación de que estudia la *Filosofía* original? ¿Por qué no decir lisa y llanamente que ésa es prevención del señor Palau en la versión castellana, exponiendo un texto de Linneo que en el original es el de 288 y en la mencionada traducción el 191? Pero allí mismo

<sup>22</sup> Afor. 293.

<sup>23</sup> Suplem., a la citada *Gaceta* de 30 de enero, p. 2 § 4.

<sup>24</sup> Graciosa cita que parece hacer relación a algún héroe de la misma orden que el Caballero de los Leones. La orden de que era caballero Linneo se llama y se debe nombrar *Orden de la Estrella Polar*.

donde dice que los triviales vayan al margen se lee: “y así decimos por ejemplo: *Salix viminalis*, *Salix babilonica*, *Salix rosmarinifolia*, y de este modo podrá el médico evitar la molestia de poner en las recetas el nombre específico de la planta que prescriba.<sup>25</sup> Hállase puesto el trivial después del genérico en todas las diferencias del *Species plantarum* traducido al castellano”. Y nosotros que no imitamos servilmente la cartilla, ni los ejemplos *more pecudum*, como el Aficionado, expondremos científicamente algunas razones. La primera es porque (no como J.L.M. dice) todo nombre trivial se suele tomar del *específico*, *sinónimo* o *vulgar*<sup>26</sup> sino porque el nombre trivial es sucedáneo del específico, y éste es el motivo porque aunque en tiempo de Linneo no estaban sujetos a leyes los triviales.<sup>27</sup> Posteriormente un célebre botánico discípulo de Linneo ha prescrito reglas relativamente a ellos. Murray en su obrita intitulada *Vindicae nominum trivialium stirpibus a Linneo impertiorum*. La tercera de éstas es: *nomen genericum triviali praeito, nec ab hoc sejungito* “El nombre genérico preceda al trivial, y no lo separes de él porque primero debe nacer la idea del género, y seguirse la idea de la especie.” Es la cuarta: “impóngase nombre trivial a la especie única en su género.”<sup>28</sup>

En correspondencia de los cánones que he manifestado a J.L.M. estimaría mucho deberle la fineza de que nos indicase la preciosa anécdota por donde consta haber quedado últimamente los botánicos de acuerdo en llamar corola a la cubierta de la flor cuando es única y de una pieza y están los estambres insertos a ella, porque los fundamentos que expone pertenecen a cosa muy distinta.

La *Isnardia* tiene cáliz en forma de campana, a cuya medianía están prendidos los filamentos, y con todo carece de corola, o por mejor decir, a pesar de haber visto Linneo los cuatro estambres insertos a la única cubierta de la *Isnardia*, que es de una pieza, no llamó corola sino cáliz a la referida cubierta. Varios géneros del orden natural de las *Calycanthemas* suelen hallarse sin corolas; y el mismo nombre da a entender la inserción de los estambres. Al *Eleagnus* y a casi todas las *Calycifloras* sucede lo mismo. La *Campanula* se encuentra alguna vez con sólo el cáliz y excluye la corola

<sup>25</sup> F. 185.

<sup>26</sup> Horrenda y bárbara unión de voces, y la más torpe sinonimia que se ha visto en botánica, pues que *específico*, *sinónimo* y *vulgar* son cosas muy diversas.

<sup>27</sup> Afor. 257.

<sup>28</sup> Se hallan también por apéndice a la *Filosof. Botan.*, tantas veces citada, las mismas reglas.

monopétala, que nunca tiene adherencia con los filamentos;<sup>29</sup> tampoco la tienen éstos en el orden natural de las bicornes.<sup>30</sup>

La única y verdadera distinción entre el cáliz y la corola es que ésta alterna en su situación con los estambres, y el cáliz se presenta con las lacinias enfrente de ellos.<sup>31</sup> Pero cuando falta alguna de estas dos cosas aún no está decidido qué nombre deba tener la que se halla, por no haber puesto la naturaleza límites absolutos entre el cáliz y la corola.<sup>32</sup> Todos saben que el cáliz, como que nace de la corteza de la planta, es más grosero y tosco que la corola que sale del tierno y colorado líber; pero casi jamás se determinan los límites de ambos si no es por el color y aun este no basta como lo manifiesta la *Bartsia*.<sup>33</sup> Finalmente monsieur Sausoure piensa que la corola se distingue del cáliz en que su epidermis no tiene glándula alguna cortical, y que parece casi enteramente compuesta de tráqueas.<sup>34</sup>

El fundamento de la *Filosofía botánica* a que alude el Aficionado sirve para distinguir la corola monopétala de la polipétala, no la corola del cáliz, como lo indica el mismo texto citado nota 99. ¿Y quién ha visto hasta ahora una corola de hojuelas recargadas como está en el cáliz de la *Castilla*?

Si reflexionara el Aficionado sobre la uniformidad con que Linneo procede en toda la historia natural, generalizando los mismos principios y los mismos términos con que había enriquecido la botánica, y hubiera siquiera visto por encima su tratado de animales intitulado *Systema naturae*, advertiría lo frecuentes que son (no en las diferencias, que esto sería un absurdo) las comparaciones que hace de unas especies con otras de distinto género. No quiero citar más ejemplo que el de la *Viverra nasua*, por donde casualmente se me ha abierto el libro. Dice pues así Linneo: el cuerpo de la *magnitud de un gato, la estatura del oso lavandero (mapache llaman los mexicanos, los demás tejón de manada) su color parduzco como la vulpeja, etcétera, etcétera*. De donde es muy fácil deducir que Linneo reprueba las comparaciones con otros vegetales en la diferencia o nombre específico,

<sup>29</sup> *Fil. Bot.*, de Colon., pág. 57. *Statuere, ubi ex perianthio et corolla alterum adest, esse hoc corollam, uti pars praestantior, negant Ammannia, Isnardia, Peplis, Ruellia, Campanula quae saepe corollas excludunt, non vero calyces.*

<sup>30</sup> Aforismo 108.

<sup>31</sup> *Corolla a perianthio distinguitur, quod illa cum staminibus situ alternat; perianthium autem opponitur.* Afor. 90.

<sup>32</sup> Explicación de la *Filos. Bot.*, edic. de Colon., p. 58.

<sup>33</sup> *Ibidem.*

<sup>34</sup> *Notions elem. de botanique a Dijon MDCLXXXI* y en verdad así se ve la cubierta de la flor en la *Castilla elástica*.

y no en la adumbración completa del carácter natural, como lo acredita la materia de que va tratando, y los ejemplos de que se vale: *Campanula Serpilli folia*, *Jacobaea Betonicae folio*, *Geranium folio Aconiti*, etcétera.

A la nota sobre el concepto de las medidas que hizo el Aficionado en su primer papel, pienso que no respondió oportunamente el catedrático por el confuso lenguaje con que en el citado papel se explica el Aficionado. Yo comprendo que lo que reprueba J. L. M. es que no se diga si el grueso es diámetro,<sup>35</sup> y se use de la vara castellana para explicar la altura del árbol *Castilla*. Para haberlo hecho hay razón muy suficiente, y es que en España y en América es más conocida la vara que el codo y el pie; y lo contrario sucede en los países en donde escribió Linneo. Y creo que ésta es la razón por que en el curso que estudiamos se halla explicada la vara y la media vara, y su reducción a pies, brazos, pulgadas y dedos,\* de que no tenía noticia el Aficionado por ser pasaje que no se halla en la *Filosofía botánica* traducida, y J. L. M., no sabe leer más que en el catón de su casa; y a la verdad el no haber leído el *Curso elemental* ha sido por desidia, pues está escrito en español.

En nada varían tanto los vegetales como en sus tamaños y dimensiones, atendiendo a lo cual el autor de la *Filosofía botánica* tantas veces citado,<sup>36</sup> aconseja que en caso de sujetar a medida los objetos, no sea de la estatura del hombre. Las medidas proporcionales son del mayor interés; aquellas, digo, que comparan los tamaños respectivos de todas las partes entre sí.

A estas en efecto se ha faltado en la lámina, debiendo servir de disculpa al dibujante el haber querido poner muy de manifiesto las partes de la fructificación, las cuales, debiendo ser proporcionadas al tamaño de las hojas, habían de quedar casi imperceptibles. En esta parte tiene razón el Aficionado; pero es de notar que no observó la lámina con el cuidado que afecta haberlo hecho, y que esta nota no se compadece con la proposición que

<sup>35</sup> Lo que llamamos grueso de un árbol es su circunferencia. Ninguno es capaz de equivocar el grueso de un árbol con el diámetro, mas que un Aficionado tan torpe como J. L. M., que por preciar de geometra cae en tan vergonzosos errores.

\* Nota marginal del *Curso elemental*, al fol. 22.

<sup>36</sup> Explicación de la *Filosofía botánica* de la citada edic., p. 262. Sería muy bueno ver la colección de láminas de vegetales que estará en poder del Aficionado en que se halle el pitipié; pues que hasta ahora ni una hemos visto con esa inútil prolijidad.



insinua haber hecho sus observaciones al pie del árbol, pues en efecto el ingenioso y hábil profesor don José Mociño, por haber cotejado la lámina con el hule en su lugar nativo, hizo notas de más importancia y descubrió defectos con la delicadeza y primor que lo hacen los observadores exactos. Si el aficionado nos hubiera advertido los defectos que notaba en la lámina se le habrían dado muchas gracias con todo el candor digno de un profesor como nuestro catedrático; pero ese *humor* melancólico, que muchos autores médicos caracterizan de acre y mordaz, no podía *disiparse* sin escribir con sangre inventivas pueriles, insulsas e infundadas.

El norte de toda corrección de catedráticos (véase el fol. 5 del segundo suplemento § 5), de toda enseñanza de aficionados que saben y que no saben botánica, de toda descripción hecha para utilidad del Estado y de la nación y de todo escrito dirigido a quitar a los extranjeros toda ocasión de que nos enmienden la plana, es un lenguaje correcto y puro; *bajo cuyo concepto* me admiro por qué el Aficionado no comprende la razón con que el catedrático (refiriéndose a la p. 3 del suplemento de 5 de noviembre) extraña esta expresión: “Siendo la inflorescencia (*inter foliaceus sparsis*) esparcida entre las hojas” extraña digo, este nuevo, original y elegante estilo; *pero a pesar de tal extrañeza y dificultad de pasar por ello* me ratifico en que el catedrático rió mucho el expresado párrafo, y volvió a reír el que llevamos citado.

En cuanto pues, a esta inflorescencia *inter foliaceus sparsis*, que dice el Aficionado ser locución arreglada tanto a latinidad cuanto a botánica,<sup>37</sup> ya se ve que no hay minimista que pueda formar impunemente la concordancia que contiene. Cuando me acuerdo de que el Aficionado tiene un *amigo juicioso* (autor de la obra inédita intitulada, *Las iguales reflexiones*, que habiendo llegado a manos de J. L. M. le *disipó sus nuevas cobardías*), viendo al mismo tiempo que el Aficionado levántase: sospecho que se halla en caso semejante al que sucedió en uno de nuestros colegios de América, en donde cierto chusco, a un buen hombre que comenzó a estudiar muy adulto, sugirió este argumento: *Lógica est praxis, praxis, praxis, praxis, ego non est simpliciter speculativum*, con la graciosa prevención de que si excitase los caquinos de los académicos, había indicio de sorprender con la dificultad, y por lo mismo debía demoler el aula a gritos como sucedió. Cuánto temo que el amigo juicioso (supuesto ser verdad que lo sea) ha pegado el mismo parche. Si me engaño en mi sospecha, no en juzgar

<sup>37</sup> No hay botánico que hable esos dislates, ni principiante que ignore las terminaciones de los números.

que el *anonimo* es tan original como un estudiante de nuestros días que ponía este silogismo: *Si per alicujus actibus fieretur entis, ratio, maxime per bujus, sed per bujus nullatenus fitur: ergo per nullius.*

Es cosa supreflua y extravagante sacar carácter sobresaliente en una monografía, cuando no hay otros géneros de que deba distinguirse el que se describe, y una afectación pueril (como ya se dijo en el actillo de botánica) el poner los nombres latinos de las partes del vegetal,<sup>38</sup> y sólo puede tolerarse en una obra de rudimentos teóricos, y por esta razón hizo bien el catedrático que cita J. L. M., en reprender al discípulo que omitía tal fórmula. La creación de un género nuevo y la descripción completa de su carácter natural es obra de maestros, y debe expresarse con toda la limpieza y elegancia posibles.

La que da el Aficionado no sólo es defectuosísima, sino en muchas partes positivamente falsa. Dice que el pericarpio de este árbol es una drupa seca y en los manuscritos del botánico naturalista don José Mociño ya citado, que por espacio de muchos meses ha observado este vegetal, se lee que los frutos son unas drupas mucilaginosas, insípidas y de color anaranjado. Este circunspecto profesor me ha asegurado que está tan cierto de esto, que puede apostar al Aficionado 500 pesos contra 100 a que los frutos del hule no son drupas secas. Me ha dicho más, que en el presente mes de mayo y en el de junio se encuentran maduras en los callejones de la Antigua, en el Novillero, en Medellín, en Cotaxtla, en la provincia de Tuxtla, en Acayucan, etcétera, y que será muy fácil que cualquiera persona que tenga correspondencia en Veracruz y quiera conocer la atrevida impostura del Aficionado encargue se le traigan estos frutos, los cuales encontrará tan jugosos como una guinda, con la sola diferencia de ser sumamente pegajoso aquel jugo.

Hasta aquí bastaba para satisfacer a los medianamente instruidos y a los lectores de una regular penetración; pero pidiendo por una parte J. L. M., respuestas categóricas por sí y a nombre de los lectores, y habiendo, por otra, muchos de éstos a quienes se debe hablar muy claro (y aún así suelen entender al revés) parece oportuno y aún preciso dar algunas reflexiones que sirvan de respuestas categóricas.

<sup>38</sup> Dice el Aficionado que en no poniendo los nombres latinos como están en su descripción reformadora, no los podrán entender *los hombres que tengan potencias para discernir*. Así había un estudiante a quien para soplarle un argumento por escrito era necesario ponerle al margen: *aquí se grita, aquí se pateo*, etcétera, porque si no se le ponía así, no lo daba por bueno; y estando en su marginales, gritaba y pateaba al pie de la letra, estuviese o no fervoroso en la disputa.

1. Dice J. L. M., que si don José Mociño hubiera cerrado herméticamente las botellas en que recogió la resina elástica, se hubiera ésta conservado líquida; y él mismo asegura que sin tal *cerradura* le han traído resina tan líquida como la destila el árbol y que así se conservaba hasta que escribió que eran ya 20 días: *opportet mendacem memorem esse*. ¿Y sabe el Aficionado lo que es cerrar herméticamente una botella? Puedo apostar que lo ignora.

2. Dice que sobre las experiencias que restan que hacer a mi catedrático no puede hablar;<sup>39</sup> pero previene se hagan al pie del árbol, por ser el único lugar propio para tales ensayos. Desde luego se ve que es una temeridad, si no una insolencia, fijar el lugar para hacer unos experimentos cuyo objeto, calidad y circunstancias confiesa que ignora; el hombre, de reformador de catedráticos, ha pasado a profeta.

3. Dice también que ha hecho candelillas tan perfectas como se pueden desear,<sup>40</sup> y que las aprendió a hacer una neófita apache, pero sin expresar que él y ella trabajasen al pie del árbol.

<sup>39</sup> ¿Y quién le ruega que hable? Puede desde luego dispensarse su locuacidad de esta nueva charla seguro de que pronunciará sobre estos experimentos la Real Sociedad Médica Matritense, por cuyo encargo ha tenido, y toma el catedrático estos trabajos.

<sup>40</sup> Rebájese un poco la expresión, y póngase en su lugar: *he hecho candelillas que no pueden compararse por sus defectos con las inglesas y francesas que están en uso*. Esta confesión ingenua debía haber hecho el Aficionado, y podía haber añadido: “El catedrático de botánica prescribió en su juiciosa y metódica descripción de la *Castilla* (o *Castilloa*, como quiere el sabio doctor don Casimiro Ortega) el verdadero modo de hacer las candelillas; pero yo, aunque me he valido de las reglas que propuso aquel profesor, no he logrado hacerlas tan ventajosas como se debe desear”. Efectivamente, el Aficionado no ha hecho otra cosa para formar sus cacareadas cánulas, que seguir al pie de la letra las reglas dictadas por el catedrático, y se le desafía, a beneficio del público, a que proponga otro medio más económico y más fácil que el que dictó éste. Convengamos pues, en que don Vicente Cervantes fue el primero que hizo aquí las candelillas, el primero que informó al público de los medios que podían emplearse para hacerlas tan buenas como las extranjeras, y el que satisfecho por observaciones ulteriores se confirma en que el modo de conseguir las más perfectas, es lavar la resina líquida para purgarla de sus impurezas, dejarla después en vasijas muy planas para que se consolide, en cantidad proporcionada a los gruesos que se apetezcan, cortar de estas telas las tiras que se hubieren de emplear, aplicarlas sobre los moldes o madres de las candelillas y de cualesquiera otros tubos, y hecha la unión por los extremos, sumergirlas diez o doce veces en la resina líquida purificada. También se pueden hacer cortando tiras angostas de dichas telas, y envolverlas espiralmente sobre el molde, sumergiéndolas después en la misma materia las veces que fuere necesario para que adquieran el grueso conveniente. Cualquiera persona que

4. ¿De qué agravios podrá quejarse un *Anónimo* que bajo las afectadas protestas de ingenuidad y de buen celo, insultó al catedrático (real) y no como quiera a un catedrático, sino a un catedrático modesto, sabio, celoso de su obligación, amigo de la utilidad pública y en todo irreprochable como es el nuestro? Sepa pues, el Aficionado, que se le ha tratado con una moderación de la que merecen tales censores, los cuales no son otra cosa, que los insectos, la polilla de las Repúblicas. ¿Cómo puede quejarse de personalidades, quien de intento oculta la persona? (si no fuera hipérbole, estaba por negar el supuesto); a lo menos, lector amigo, el Aficionado parece que no es una gran persona. Si quiere, pues, que se le trate con aquellos respetos con que se acostumbra contender entre los profesores antagonistas, dígole lo que al mochuelo:

Saque vuestra merced la cabeza y veamos  
Si es bonito o feo.<sup>41</sup>

5. Hizo muy bien el Aficionado en no aceptar el convite para que replicara en los ejercicios de botánica una vez que había de haber faltado al respeto a la cátedra real; no le desmentiré sobre esto, él se conoce mejor; pero sepa que no se le convidaba para que faltara al respeto, sino para que propusiera sus argumentos decorosa y decentemente; pues para reñir sobre la cuestión con desvergüenza no se le hubiera convidado para el acto, sino para la pulquería de Tenexpam o para el ejido de San Lázaro. Si para algo sirve con más frecuencia el aula de la Universidad es para disputar cuestiones, proponer y contestar argumentos. Ni faltaron al respeto jamás los *escotistas*, por ejemplo, convidados expresamente (o como el Aficionado dice, *retados*) para que replicaran a los *tomistas*, ni entre nosotros los *fermentistas*, convidados por los *boerhaavianos*.<sup>42</sup>

Es una doctrina muy nueva la que enseña el *anónimo* sobre que las *discusiones verbales de un acto son átomos del viento*; y no habiendo mayor razón para que lo sean en el aula y sobre la materia, que en otro cualquiera paraje y sobre otros asuntos, desde luego son átomos del viento aun las decisiones de los concilios antes que se impriman. Por esta admi-

las necesitare y tuviere proporción del hule líquido, puede pasar a la botica de San Andrés, en donde todos los oficiales informarán las dudas que ocurrieren sobre ello.

<sup>41</sup> *Fab. Liter.*, de Iriarte, 61.

<sup>42</sup> No sé a qué viene en este pasaje la Real Manificencia, o por qué se había de menoscabar por razón de la disputa.



rable regla del anónimo, no sólo no debe asistir a los sermones, pero ni aun a las conversaciones de la sociedad, ni a otra cualquiera parte donde haya discusiones verbales. Mas valga la verdad: yo creo firmemente que el aficionado dará decisiones verbales quedando muy creído de que sus oyentes las reciban como oráculos.

6. Delira el Aficionado cuando dice que el convite era ajeno de la circunspección que exige tales actos. ¡Cómo se conoce que no ha saludado los pórticos de estas Casas de Minerva! No es el *respectable* teatro tan manso que permita funciones indignas de su gravedad. A lo menos el muy ilustre claustro no se ha quejado. Pero el anónimo decide magistralmente, como que vale él solo por toda la Real y Pontificia Universidad de México.

7. A renglón seguido dice que mi catedrático se hizo juez y parte, haciendo que replicaran los discípulos, para decidir él como presidente: ¡Graciosa contradicción! Acaba el angelito de confesar, que le convidaron y que no quiso aceptar. Esto, o es jugar o tener al público por un agregado de insensatos.

8. Pregunta ¿qué concepto habrán formado los que asistieron al acto? Puede responderse que los inteligentes y cultos creyeron que el *Anónimo* no era capaz de replicar por sí mismo. Y en efecto, no es lo mismo zurcir algunos párrafos mal entendidos de las obras de Linneo, traducidas al español, que hilar un discurso delante de profesores y de discípulos aprovechados, que ven muy bien la hilaza de un argumento mal tejido.

9. En el último párrafo de la carta del *Anónimo* (suplemento a la *Gaceta de Literatura* de 30 de enero último) quisiera detenerme un poco más de lo que permite este papel. Dice así: “Seguramente que los más, a pesar de tan extraño artificio, no dudarán de la poca probabilidad de buen éxito... y en prueba de que no se han equivocado, analizaré su respuesta de modo que todo aficionado lo medite y entienda sobre ello.” Protesto que merecía una disertación particular este fiero y descomunal clausulón: “Seguramente que los más, etcétera” Mire qué fallo tan... tan... qué? ¡Señores *anónimos*, vosotros sois ciertamente admirables! ¿Con que los más no dudarán, etcétera? ¡Muy conocido y fondeado tiene a todo aquel concurso! Alabo y admiro esa discreción de espíritus. Más pasemos a ver como lo demuestra, que es cosa muy graciosa; “Y en prueba, etcétera, analizaré, etcétera” ¡Oh lógico portentoso! La prueba de que no se han equivocado en tiempo pasado, es la análisis que hará el Aficionado en tiempo venidero; de suerte que los que asistieron, vieron proféticamente la

tal análisis, que va a ser ahora la prueba de que no se equivocaron entonces. Y pregunto entre paréntesis al Aficionado: ¿si ellos ya no dudaban, si se habían equivocado, para qué es darles el superfluo trabajo de que mediten la análisis y entiendan sobre ello?<sup>43</sup>

10. Tiene por inútiles y superfluas las citas que se hacen de la *Flora mexicana*, porque no las pueden consultar los lectores. Nuevo ascenso de nuestro reformador a legislador de escritores. Según esta máxima son reprehensibles todos los historiadores y en general todos los eruditos, y sufrirán el decretorio fallo del Aficionado a menos que no se den a luz todos los archivos, las inmensas bibliotecas de manuscritos, los de la estupenda censura se citarán, se citarán siempre. ¿Es posible que se entre en tales honduras un hombre que apenas ha logrado la miserable y precaria coyuntura de darse a conocer al público en calidad de un *petit auteur*?<sup>44</sup> ¿Qué dirá el patriótico autor de nuestra *Gaceta de Literatura*, que suele citar sus observaciones y cartapacios inéditos? Lo cierto es que mi catedrático dio su disertación de buena fe; que las circunstancias no pedían fuese contenciosa, y que no debe cuidarse de lectores impertinentes y zoilos, los cuales exigen este rigor por aquella regla que es adagio nuestro y dice: *no hay puerca que no sea asquerosa*. Perdónese la voz, pues aunque no es muy decente, no es lícito alterar los adagios.

11. Hace mucho ruido el anónimo, cuando yendo a caza de ripios, encontró la errata de imprenta *sparcis* en el convite para los ejercicios. Todos se repartieron a una misma hora, y el que quisiese podrá con poco trabajo ver en los más de los ejemplares enmendada de pluma dicha errata; por casualidad se escapó alguno, que no es mucho según las prisas que hay en esos casos.

12. Dice que los cabillos unos son *opositifolios* y otros *alternis*. ¡Este sí que es lenguaje *remarcable!* Con ocasión de ésta y de otras cláusulas macarrónicas que tanto nos hacen reír, pienso que el Aficionado haría un gran servicio a la humanidad (a que es tan inclinado) si se dignase de ilustrar aquella pieza de Iriarte intitulada: *Matrificatio invectivalis contra studia modernorum*. ¡Qué bello campo para que se espaciara su buen gusto! Lo haría mejor sin duda que el autor de otra piecicilla que empieza:

<sup>43</sup> Para gustar la propiedad y pureza de la frase *entiendan sobre ello*, es necesario consultar el primer verso del Salmo 4<sup>o</sup>. *Beatus qui intelligit super egenum et pauperem*.

<sup>44</sup> Quiere decir autorcillo.



Ille ego qui quondam gracilem repicando matracam,  
Carmina cantavi duras rumpentia testas,  
Et fanfarronum festejis dantia gustum:  
Ipse ego mismissimus, plures faciendo locuras,  
Nunc venio zumbans alboroture Sevellam.  
Jam vetulae properant fessae arrastrando talones,  
Et coches portant clara inter vitra madamas...  
¿Qué tal saldría, señor Anónimo?  
¿Quid rides? mutato nomine de te  
Fabula narratur.

13. La voz *ovato-lanceolada*, que tiene por buena el Aficionado, es un barbarismo híbrido; pero el chiste es que dice haberla puesto en su primer papelucho, y no hay tal cosa; las que allí se hallan son éstas de nuevo cuño: *figura entre huevo y lanza; figura entre corazón y lanza*; el peregrino reformador de catedráticos enriquece no menos la botánica que la retórica y la lengua española.

14. Dice que lo que ha escrito basta para un aficionado (y en verdad que sobran los 49/50), pero yo digo que no basta para un reformador de maestros y para un mejorador de descripciones monográficas, y por eso no es de creer *deje en la palestra a su adversario*.<sup>45</sup>

15. Pasemos ya a un argumento de que no me puedo desentender puesto que el Aficionado exige razones convincentes. Puede pasarle de su deseo; pero el que se quemare que sople. Dice pues: “que con sólo querer persuadir con generalidades que el incógnito es un ignorante, necio, mal latino, etcétera, no se satisface a los argumentos ni a los lectores”. A los lectores discretos satisfizo mi catedrático porque *Sapienti pauca*: al buen entendedor pocas palabras; al Aficionado y su pandilla dirijo algunas particularidades.

En las disputas sobre idioma es puntualmente en donde tienen voto los que lo saben, lo profesan y lo manejan; y no lo tienen los que ni uno ni otro, ni otro pueden lograr. Esta proposición es ciertísima. Con un vizcaíno no puede disputar sobre propiedad de voces el que ignore el el idioma vascongado; ahora bien, el Aficionado disputa no como quiera de un nombre latino, que esto es fácil a cualquier zurdo, sino sobre el modo

<sup>45</sup> No se puede llamar así al catedrático que respondió provocado; quien lo es ciertamente es el *Anónimo*, que intenta perturbar la pacífica posesión en que aquél ha estado de su reputación y de su sabiduría.

de dar terminación latina a un apellido sin desfigurarlo ni exponerlo a equívocas, lo cual es algo más, como llevamos insinuando. Se refiere pues una de dos, o que el Aficionado debe ser siquiera un razonable latino, o que no debe votar en la materia. Resta sólo demostrar que ni sabe, ni profesa, ni maneja el idioma latino sobre que se atreve disputar. No era leve indicio ver que todas sus citas son de obras que no están en latín; pero el no saber las concordancias latinas, ni conocer cuáles no lo son, es prueba muy demostrativa del primer miembro de nuestra proposición. Que no lo profesa en una conjetura muy fundada; pero no siendo más que conjetura, nos puede desmentir sobre este artículo segundo J. L. M., diciéndonos siquiera en qué colegio o universidad está tenido por profesor. Por último vamos a ver cómo usa y maneja la latinidad: entre las muy pocas oraciones con que salpicó dos papeles, así como sin orden se pintan los faldones de un disciplinante, hay del verbo sustantivo, de un verbo neutro, que es *salir*, y de un pasivo que es *hallarse*: por consiguiente todas piden nominativo. He aquí pues como concierta y conjuga el Aficionado.

Nominativo inflorescencia *inter foliaceus sparsis*.

Nominativo cabillos *oppositifolium*.

Nominativo pistilo *superum*.

Nominativo cabillos *axillaris*.

Nominativo cabillo *alternis*.

El genitivo podrá ser cabillos *alternabus*.

El dativo cabillos *alternorum*.

El acusativo cabillos *alternibus*, etcétera, por la regla de *praxis*, *praxis*, *praxis*, *praxis*. Podrá replicarse que el Aficionado ha usado de algunas voces latinas; responderemos que por esa regla deberíamos esperar y temer la censura de cualquiera sacristán que sabe responder *abrenuntio*; la de los aguadores que saber decir *Corpus Christi*, o de cualquiera de nuestras viejas que dicen *Agnus Dei* y *Mater amabilis*.

16. Pretende dar un golpe de maestro a mi catedrático con decir que la voz *Castilla* está muy castellanizada en la Castilla Nueva y Vieja (merece un cajete de pulque por el equivoquillo), la cual noticia es muy nueva y digna de un adicionador tan erudito. Gran triunfo por cierto; cuando todos los nombres de los vegetales impuestos por todos los botánicos se hallan hoy castellanizados y vulgarizados por todo el mundo y los han castellanizado y vulgarizado los más insignes maestros españoles.



17. ¿Pero adónde voy? No cabrían en poco papel los defectos de locución, ortografía y sintaxis, solecismos, barbarismos y todos los demás pecados contra nuestro lenguaje en que ya me es tedioso inculcar, aunque no me puedo contener de hacer mención de esta frase, que es muy original: “No hallo cuestión que la salve, a no ser la de estar acompañada de una lámina tan exacta”. Ni son por cierto menos chulas las que ya determino dejar en el tintero.

Y después de todo lo que se ha insinuado, para probar que el *Anónimo* es ignorante y mal gramático latino y castellano (le perdonamos el falso testimonio, porque no se ha dicho que es mal latino, sino que no lo es absolutamente ni bueno ni malo) ¿todavía le parecerá que este es un débil argumento? No sé; pero sí estoy entendido de que todo el mundo sentenciará que los ignorantes y malos gramáticos en latín y en español no son a lo menos los hombres más a propósito para corregir catedráticos.

18. Dice que el laudable estímulo en cuya virtud escribió sus negras notas fue el deseo de que se aclararan los puntos que estaban en cuestión; y la gracia es que tal cuestión no había, hasta que la movió él mismo; y es chiste muy parecido al de un *quidam* que se quejaba en una carta en estos términos: *Con esta van dos que te escribo, y no he tenido respuesta más que de una.* Fuera de que el Aficionado por más que se haga *gati muerto*, no cuestiona, ni propone, ni duda, ni pregunta, sino que, como Dios le ayuda al pobre, corrige, enmienda, reprende y rectifica.

Quien vea que todo esto lo hizo temiendo que los extranjeros nos enmendasen la plana, como lo intentaron con la *Aloysia*,<sup>46</sup> dirá que J. L. M. es todo un sabio; pero en Dios y en conciencia, si alguno deshonra la nación es nuestro buen reformador,<sup>47</sup> cuyos papeluchos darán que reír a los profesores tanto extranjeros como nacionales. Unas notas y una descripción destinadas a aclarar los defectos de la que leyó el catedrático de botánica y para suplir la incompleta y defectuosa que está en la *Flora mexicana*; la crítica de una pieza consagrada nada menos que a la memoria de un digno profesor; unos suplementos anónimos que harán época a los fastos de la botánica y en la Expedición facultativa de Nueva España; una corrección en que el público iba a recibir un perfecto modelo de enseñar, no sólo aficionados, sino catedráticos; no discípulos, sino maestros; no principiantes, sino consumados, era de creer se hiciese, como corresponde a una

<sup>46</sup> Lo emprendieron los extranjeros, más no lo consiguieron; es también muy creíble que ni J. L. M., saldrá con su intentona.

<sup>47</sup> Ojalá fuera tártaro u hotentote.



crítica sana y juiciosa y a un botánico capaz de dar lecciones elementales a don Vicente Cervantes, cuyas producciones han merecido y merecerán siempre el aprecio de los buenos; era de creer a lo menos se escribiese siquiera con arreglo a los primeros principios de la gramática castellana; y cuando le perdonáramos este defectillo (que siempre arguye mala educación literaria) porque en efecto, cada uno estornuda como Dios le ayuda; y por fin los solecismos, barbarismos, impropiedades y falta de retórica pueden ser compatibles con las nociones comunes, llanas y ordinarias de la botánica; aunque perdonásemos, digo, a un maestro de maestros estas menudencias era de esperar que hubiese puesto algún cuidado siquiera por el *complejo de circunstancias tan altas y respetables*, y no eran de esperar equivocaciones tan torpes, errores tan crasos y mentiras tan descocadas en puntos de hechos públicos y solemnes. ¡Unos anónimos dirigidos a instruir al público y a prevenirle que el catedrático ha quebrantado más desatinada y criminalmente que lo haría un cursante los primeros y trilladísimos y fundamentales rudimentos de la botánica se conciben en el seno de la malignidad, se abortan en brazos de la ignorancia y se publican al abrigo de un estímulo que en el fondo no es más que un ímpetu de vanidad y fanatismo! Aquel *tate* era sin duda buena inspiración, y de consiguiente el haberlo despreciado es una culpa muy deliberada; bien que tiene su merecido en que el parto haya sido tan avieso y el feto un monstruo horrendo e informe. Mucha cuenta tiene que dar a Dios el oculto autor de *Las iguales reflexiones*. ¡Una corrección tan seria, tan circunstanciada, tan magistral, y que era como las primicias de un reformador de catedráticos, corre por esos mundos y en estos días de cultura y de exactitud, corre, digo, tan bárbara, tan pueril, tan audaz, tan ruda, tan indigesta, tan fastidiosa por su afectación, tan ridícula y deforme por toda su estructura! ¿En qué quedaremos? ¿Será disipación del negro humor melancólico o vómito del lívido recremento de la fiera e indomable envidia?

¿Y qué se dirá de la desvergüenza con que dice el *Anónimo* que el director y catedrático han autorizado<sup>48</sup> a don José Mociño, para que observe en su expedición los tres reinos de la naturaleza? El hombre más moderado y más sufrido es fuerza que diga que el Aficionado no sabe lo que se dice. A principios del año de 1792 fue comisionado don José Mociño por el excelentísimo señor conde de Revillagigedo con el título de naturalista de la expedición de límites el norte de California, como consta de los documentos auténticos que se hallan depositados en la comi-

<sup>48</sup> Supl., a la *Gac. de Liter.*, de 30 de enero f. 7 § 2.



saría de San Blas y en el archivo de aquella comandancia de marina. En calidad de tal estoy informado que confirió sus observaciones con los profesores ingleses que hasta la presente mantienen correspondencia con él. Por sí solo ha hecho las excursiones de tres años, en el segundo de los cuales desempeñó a satisfacción del superior gobierno la ardua comisión de explorar el volcán de Tuxtla al tiempo de sus más violentas erupciones, y últimamente ha remitido y traído consigo algunos centenares de animales de todos los órdenes, descritos y determinados, habiéndole servido de disector uno de sus criados, que hace esto con la mayor perfección, sin otra disciplina que el haber visto cómo lo hacía don José María Maldonado y don Julián de Villar, empleado tres años hace en esta expedición y sujeto que desde los primeros momentos de sus trabajos ha diseccionado perfectamente, y no sólo eso, que es un mecanismo que no necesita más que dedos, sino que determina muchos animales con arreglo al sistema.

Si la chanzonera sobre previsión de su merced es pulla (porque al fin los *anónimos* búhos no se atreven a hablar cara a cara y en medio del día y gustan de ir al través de las tinieblas a apagar las lámparas), si es pulla, digo, contra los alumnos americanos, la vemos con el más soberano desprecio, porque estudiamos para ilustrarnos y no para recomendarnos con charlatanería; si se dirige a deprimir el mérito particular de don José Mociño, bien conocido en toda la América, madre que debe gloriarse en tales hijos, es necesario decirle al *Anónimo*, por más que le pese, que si no tiene don José Mociño el título de naturalista, tiene, como también el director y catedrático de esta Expedición, la incontestable satisfacción de merecerlo que es lo que llena el sabio verdadero y honrado. Que don José Mociño determina y describe (y quizá con más facilidad)<sup>49</sup> un animal que una planta, no sólo es notorio en estos reinos sino en España, en donde los profesores ingenuos han aprobado con elogio los manuscritos de este hábil naturalista autorizado por su majestad, ejercitado de cinco años a esta parte en muchísimos parajes del reino y a quien como a los jefes sería sumamente fácil el efectivo material despacho de los títulos de naturalistas.

Por fin, si se quejase el Anónimo de que hemos rechazado con algún vigor la fuerza con la fuerza y de que hemos ridiculizado a un autorcillo satírico<sup>50</sup> que ha pretendido obscurecer la reputación de un cate-

<sup>49</sup> En efecto es mucho más difícil, larga y escabrosa la ciencia de las plantas que la de los animales de tierra, agua y aire.

<sup>50</sup> El Aficionado no quiso replicar en el acto o ejercicios de botánica por no



drático, que a sus profundos conocimientos reúne la mayor probidad; si J. L. M., no ha tenido rubor de reincidir en sus atentados, le responderemos en Horacio.

Ut Scriptor si peccat idem librarius usque  
Quaamvis est monitus, venia caret; Cytharaedus  
Ridetur, chorda qui semper oberrat cadem. *Art. Poet.*

O para hablarle de modo que lo entienda con menos trabajo: si hemos negado cuartel a un censor que las mismas leyes detestan, y que no por pintarse a sí mismo modesto, celoso y aplicado, tiene derecho para ser invulnerable, diremos con el divino Iriarte, cuya fábula 30 suplico a J. L. M., se sirva leer con toda reflexión:

Bien hace quien su crítica modera;  
pero usarla conviene más severa  
contra censura injusta y ofensiva;  
cuando no hablar con sincero denuedo  
poca razón arguye o mucho miedo.

Y si quiere el Aficionado librarse de estos y semejantes varapalos, ponga en práctica esta receta de Boileau:

Sé albañil, si tu genio a esto te inclina,  
Oficial de un arte útil y estimado,  
Primero que escritor adocenado.

NOTA. Se suplica al público que lea con cuidado la disertación del catedrático sobre la *Castilla elástica*, y también el artículo *Resine elastique* en el *Diccionario de historia natural* de Valmont de Bomare, para que por sí mismo se desengañe de la diferencia que hay entre uno y otro, y se advierta que la primera no es un extracto de este artículo, como afirma el Aficionado, sino una obra más completa, más metódica con mejores observaciones, la mayor parte de ellas originales, que han agradado

faltar al respeto a la *cátedra real* de madera del general; y falta a todos los respetos al catedrático real, como aquél doctor de Querétaro, que de día temía mucho a los becerritos y de noche robaba los novillos. No quiso pronunciar palabra delante de los que asistieron a dicho acto y charla infinitas hablando a todo el orbe. ¿Qué querrá decir ésto?



tanto en la corte, que por premio de la referida disertación ha conferido la Real Academia Matritense los títulos de socios de don Martín de Sessé y Lacasta, y a don Vicente Cervantes.

[*Fuente:* Suplemento y Continuación del Suplemento a la *Gaceta de Literatura de México* del 30 de mayo de 1795, t. VII, núm. 34, p. 273-296]



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS